

## **LA DIVINA REVELACIÓN FUNDA LA ESPERANZA DEL PEREGRINO**

Esto dice el Señor: «Cuando pasen en Babilonia setenta años, os visitaré y cumpliré en vosotros mi palabra salvadora, trayéndoos a este lugar. Pues sé muy bien lo que pienso hacer con vosotros: designios de paz y no de aflicción, daros un porvenir y una esperanza. Me invocaréis e iréis a suplicarme, y yo os escucharé. Me buscaréis y me encontraréis, si me buscáis de todo corazón. Me dejaré encontrar, y cambiaré vuestra suerte. Os congregaré sacándoos de los países y comarcas por donde os dispersé —oráculo del Señor—, y os devolveré al lugar adonde os deporté». (Jer 29, 10-14)

Todo lo que se escribió en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra, a fin de que a través de nuestra paciencia y del consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza. Que el Dios de la paciencia y del consuelo os conceda tener entre vosotros los mismos sentimientos, según Cristo Jesús; de este modo, unánimes, a una voz, glorificaréis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. (Rom 15, 4-6)

El Papa Francisco, además de establecer el lema del jubileo del 2025, sugiere, como hacemos en los retiros de este curso, reflexionar en torno a las cuatro Constituciones del Concilio Vaticano II: sobre la divina revelación, la Iglesia, la liturgia y la Iglesia en el mundo actual. En 2025 se cumplen sesenta años de la clausura del Concilio. El jubileo es un buen momento para hacer memoria de cómo vivimos y tratamos de poner en práctica las riquezas del Concilio, que tanta esperanza suscitaron. Hoy queremos ahondar en nuestra condición de peregrinos de la esperanza a la luz de la «Constitución Dogmática sobre la divina revelación», «Dei Verbum».

La constitución cita las palabras de la carta a los romanos, que acabo de leer. Lo hace en el número catorce al hablar de «la historia de la salvación»

Dios amantísimo, buscando y preparando solícitamente la salvación de todo el género humano, con singular favor se eligió un pueblo, a quien confió sus promesas. Hecho, pues, el pacto con Abraham y con el pueblo de Israel por medio de Moisés, de tal forma se reveló con palabras y con obras a su pueblo elegido como el único Dios verdadero y vivo, que Israel experimentó cuáles eran los caminos de Dios con los hombres, y, hablando el mismo Dios por los Profetas, los entendió más hondamente y con más claridad de día en día, y los difundió ampliamente entre las gentes.

La economía, pues, de la salvación preanunciada, narrada y explicada por los autores sagrados, se conserva como verdadera palabra de Dios en los libros del Antiguo Testamento; por lo cual estos libros inspirados por Dios conservan un valor perenne: "Pues todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza, fue escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza" (*Rom.* 15,4).

En efecto, el apóstol Pablo enseña cómo las Escrituras (sus cartas parecen estar escritas antes que los evangelios canónicos) sostienen a los peregrinos de la esperanza, aportándoles paciencia y consuelo mientras recorren la nada confortable senda de la historia.

La lectura que vamos a hacer de la Constitución Dogmática no tiene otra finalidad que animar nuestra meditación y contemplación. Estamos en un día de retiro.

## 1.- El proemio de la Constitución

La Palabra de Dios la escucha con devoción y la proclama con valentía el Santo Concilio, obedeciendo a aquellas palabras de Juan: "Os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó: lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros, y esta comunión nuestra sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn., 1,2-3). Por tanto siguiendo las huellas de los Concilios Tridentino y Vaticano I, se propone exponer la doctrina genuina sobre la divina revelación y sobre su transmisión para que todo el mundo, oyendo, crea el anuncio de la salvación; *creyendo, espere, y esperando, ame.*

Los padres conciliares hablan de escuchar y proclamar la Palabra de Dios, con «devoción y valentía», para que creyendo, esperemos, y esperando, amemos. También puede decirse que el amor despierta el deseo y la esperanza. La Constitución cita de inmediato la primera carta de san Juan. Veamos el texto evocado con mayor detenimiento:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo. (1Jn 1, 1-4)

Juan, el peregrino de la fe, avanza con la certeza y alegría de quien ha visto y oído «la Vida», que se hizo visible en el Verbo de la Vida. Y así, mientras invita a los demás creyentes a caminar en la comunión del Padre y el Hijo Jesucristo que él vive, encuentra su gozo completo. Compartir la fe conduce a una más plena alegría. ¿Nos alegra la misión de anunciar a Jesucristo?

La esperanza, tal como se presenta en la primera carta de Juan, está en ver a Dios. El evangelista relata así la experiencia creyente de quien ha sido hecho partícipe de la vida divina, esto es, de la comunión existente entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro. (1Jn 3, 1-3)

Ahora bien, el que desea ver a Dios, debe caminar por el camino que es Cristo, o dicho con otras palabras, permanecer y caminar con él y como él en su peregrinación al Padre: «Quien dice que permanece en él debe caminar como él caminó». (1Jn 2, 6; Jn 13, 15.34; Ef 5, 2; 2Tes 3, 7) El peregrino de la esperanza avanza en, con y como Cristo. Dicho con otras palabras: amando al Padre y a los hermanos con el mismo amor del Hijo enviado en la carne. La revelación divina se condensa en la persona del Verbo encarnado.

A continuación el texto conciliar reenvía a una cita de san Agustín. El santo de Hipona enseñaba a los catequistas la finalidad del ministerio de la Palabra en términos muy sugerentes. Escuchémoslo, para mejor comprender qué buscaban los padres conciliares con la constitución dogmática sobre la revelación divina, dada la finalidad pastoral del Concilio. Su redacción fue laboriosa.

Como quiera que nada se opone más a la caridad que la envidia, y la madre de la envidia es la soberbia, el Señor Jesucristo, Dios y hombre, es al mismo tiempo una prueba del amor divino hacia nosotros y un ejemplo entre nosotros de humildad humana, para que nuestra más grave enfermedad sea curada por la medicina contraria. Gran miseria es, en efecto, el hombre soberbio, pero más grande misericordia es un Dios humilde.

Por consiguiente, teniendo presente que la caridad debe ser el fin de todo cuanto digas, explica cuanto expliques de modo que la persona a la que te diriges, *al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame.* (De catequizandis rudibus 4, 8)

El catequista no puede limitarse a repetir una doctrina. Su misión es conducir a la Vida, tal como se ha revelado en el Verbo encarnado. La finalidad del ministerio de la Palabra es adentrarnos en el conocimiento existencial de Jesucristo, nuestra esperanza (cf. Col 1, 5.23.27; 1Tes 1, 3...etc.)

## ***2.- Dios se revela y nos invita a caminar en su compañía.***

El evangelista san Juan nos transmite cómo oraba Jesús en el momento de pasar de este mundo al Padre, momento culminante de su peregrinación terrena: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo». (Jn 17, 3) Conocer, en el sentido bíblico, es ser uno con él, compartiendo su vida, misión y destino. Jesús dijo a los suyos en el cenáculo: «Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros». (14, 20) La revelación no puede reducirse al conocimiento de unas verdades sobre Dios. Su finalidad es guiarnos a una real experiencia en la fe, a fin de compartir la vida, misión y destino del Verbo encarnado. Caminamos en el Espíritu a la plenitud de lo que se nos ha revelado. Así lo expresa de entrada Dei Verbum.

Dispuso Dios en su sabiduría *revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad*, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen *consortes de la naturaleza divina*. En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía. Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación. (DV 2)

El peregrino de la esperanza está llamado a situarse ante Dios Padre que nos ha hablado de una vez para siempre en su Hijo, como enseña la carta a los hebreos:

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de la Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. (Heb 1, 1-4)

La fe cristiana difiere tanto de la religión del libro, como de las religiones y filosofías provenientes de la sabiduría y deseos del ser humano. No se trata de denigrar o minusvalorar la bondad de lo humano, pero sí de vivir y testimoniar la sobreabundancia de la gracia divina, tal como acontece en la revelación divina y se manifiesta en las Escrituras y la Tradición vivida en la comunión de la

Iglesia apostólica. La revelación divina trasciende y desborda, sin negarla, la razón humana. San Juan de la Cruz, comentando el texto de la carta a los hebreos, afirma cómo Dios nos ha dicho todo en su Hijo y, por tanto, que no debemos correr tras nuevas revelaciones.

«Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra... Porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado a Él todo, dándonos el todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necesidad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra cosa o novedad». (Subida del Monte Carmelo, II, 22)

En la revelación divina, insisto, se nos da a conocer Dios mismo y su designio de salvación en Jesucristo y atestiguado por el Espíritu Santo mediante los apóstoles. Y esto a fin que el ser humano tenga acceso al Padre y sea consorte de la naturaleza divina. Los padres orientales gustaban hablar de la divinización del hombre. El peregrino de la esperanza avanza en medio de las pruebas, con la certeza de estar de camino hacia la Patria en Cristo y sostenido por el Espíritu. Cristo, el peregrino divino, se ofreció en sacrificio sostenido por el Espíritu. Así se revela la diferencia cualitativa de los sacrificios antiguos y el sacrificio de Cristo.

Si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de una becerra, santifican con su aspersión a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo! (Heb 9, 14)

En la revelación, dice el texto conciliar, Dios invisible, movido por amor, habla a los hombres como amigos y mora con ellos, para un verdadero diálogo existencial. Los peregrinos no hacen solos el camino, sino en la compañía del Dios invisible, que se hizo visible en la Palabra hecha carne. Jesús resucitado, al enviar a los discípulos en misión, les prometió estar siempre con ellos, como lo hiciera el Dios de los padres con los peregrinos hacia la tierra prometida. «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». (Mt 28, 20) El Espíritu del Señor, que obra en la debilidad de los mártires, nos adentra en la comunión del Padre y el Hijo.

El Concilio enseña cómo la verdad de Dios y de la salvación del hombre resplandece en Cristo, mediador y plenitud de la revelación divina. «A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer». (Jn 1, 18) Y san Pablo en la misma perspectiva escribe a la comunidad de Corinto: «Mas todos nosotros, con la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su image con resplandor creciente, por la acción del Espíritu del Señor». (2Cor 3, 18)

Los peregrinos de la esperanza, por tanto, estamos llamados a caminar en constante diálogo con el Señor que nos habla como a amigos. La oración es un verdadero diálogo personal y comunitario de amigo a amigo con el Señor. Y así, mientras caminamos nos dejamos transformar por el Espíritu, de modo que reflejemos la gloria del Señor. Reflejar a Cristo es lo propio de quien vive y camina en él, de quien se deja conducir por el Espíritu Santo. Así servimos ya y damos a conocer la esperanza de la gloria, la esperanza que no defrauda, pues nos hallamos enraizados en el futuro, que es Cristo, la esperanza de la gloria. Somos testigos en Cristo por el Espíritu de la verdad.

### ***3.- La revelación como historia de salvación***

La revelación acontece a través de obras y palabras, esto es, en la historia de Dios con la humanidad. Hablando de cómo el Señor preparó a lo largo de la historia la revelación evangélica, el Concilio enseña: Dios creó todo por su Palabra, se reveló desde el principio a nuestros primeros padres. **«Después de la caída los levantó a la esperanza de la salvación, con la promesa de la redención»**. Luego, a través de los patriarcas, de Moisés y de los profetas, Dios se dio a conocer al pueblo de la alianza, «como Dios único y verdadero, como Padre providente y justo juez; y para que esperara al Salvador prometido. De este modo fue preparando a través de los siglos el camino del Evangelio». (DV 3)

Jesucristo, «Palabra hecha carne», «habla las palabras de Dios (Jn 3, 34), como atestigua Juan Bautista, en quien se personaliza la profecía. Cristo Jesús lleva a plenitud la revelación, que estamos llamados a acoger con fe. En él, Dios nos libera del pecado y la muerte, para reconciliarnos con él, para hacernos resucitar a una vida eterna. Y el Concilio concluye:

La economía cristiana, por tanto, como alianza nueva y definitiva, nunca cesará, **y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo** (cf. *1 Tim.*, 6,14; *Tit.*, 2,13). (DV 4)

El Evangelio se presenta como «fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta», como la plenitud de la revelación, cuyo depósito el Magisterio de la Iglesia debe velar y enseñar con la ayuda del Espíritu. En esta perspectiva, el Concilio afirma:

**«Esta Tradición, con la Escritura de ambos Testamentos, son el espejo en que la Iglesia peregrina contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta el día en que llegue a verlo cara a cara, como Él es** (cf. *1 Jn.*, 3, 2)». (DV 7)

El pueblo de los peregrinos, enseñado y sostenido por el Espíritu de la verdad y santidad, camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad y la novedad, tal como se manifiesta en las Escrituras y la Tradición viva, bajo la guía del magisterio de la Iglesia. La misión de la Iglesia es anunciar a todos los pueblos de la tierra, con la caridad de la palabra, el estilo de vida y la caridad de las obras, la verdad revelada hasta su pleno cumplimiento en el día fijado por el Señor. No puede ignorarse que «la Tradición y la Escritura están estrechamente unidas y compenetradas; manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin». (DV 9) Así los peregrinos de la fe estamos equipados para toda obra buena (cf. *1Cor* 1, 4-9). En efecto, la Escritura santa nos muestra el camino de la condescendencia de Dios, para caminar en su amor. Todo se escribió, bajo la inspiración del Espíritu, para que mantengamos la esperanza durante nuestro caminar en la historia. (cf. *Rom* 15, 4) ¡La palabra de la Escritura alumbró el entendimiento, confirme la voluntad, encienda el corazón en el amor a Dios y de los hermanos!

La Sagrada Escritura, que ha de ser venerada por la Iglesia, como lo ha hecho con el Cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía, debe alimentar y regir la existencia personal y comunitaria del pueblo de la nueva alianza. En esta perspectiva, el Concilio recuerda la doble mesa de la Liturgia eucarística: «la mesa de la palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo». En este sentido, conviene meditar hasta qué punto las Escrituras nos llevan a un real y verdadero encuentro con el Padre, tal como enseñaron los padres conciliares:

«En los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual. Por eso se aplican a la Escritura de modo especial aquellas palabras: *La palabra de Dios es viva y enérgica* (Heb 4, 12), puede edificar y dar la herencia a todos los consagrados (Hch 20, 32; cf. 1Tes 2, 13)». (DV 21)

El Concilio, por otra parte, insistió en la necesidad de una lectura asidua de la Escritura, hecha en el mismo Espíritu en que fueron escritas. Es el camino para adquirir el bien supremo del conocimiento de Jesucristo (cf. Flp 3, 8), «pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo», como afirmó san Jerónimo. (cf. DV 25) Todo esto supone una verdadera lectura en la fe y oración, habitar en ellas, para conocer desde dentro sus insondables riquezas y darlas a conocer a los hombres y mujeres de todos los tiempos y pueblos. El anuncio del Evangelio se mutila, en no pocas ocasiones, por falta de una real conocimiento de la Palabra viva, penetrante y operante del Señor.

Si el pueblo de Dios quiere rejuvenecerse, si nuestras comunidades y cada uno de nosotros quiere hacerlo realmente, es necesario adentrarse en el conocimiento vivo de las Escrituras, penetrando en la verdad y novedad escondidas en el misterio de Cristo, Palabra encarnada, revelación definitiva de Dios y la vocación del ser humano. San Ireneo enseñó cómo el Espíritu, conduciendo a la Iglesia a la verdad plena, la rejuvenece con la fuerza del Evangelio, y la lleva a la unión consumada con su Esposo. El Papa Benedicto XVI, en esta misma perspectiva, recordó cómo la palabra divina es fuente de constante renovación. Ella debe ser cada vez más el corazón de toda actividad eclesial. En el primer párrafo de su exhortación apostólica sobre la Palabra del Señor, afirma el Papa: «En este sentido, deseo indicar algunas líneas fundamentales para revalorizar la Palabra divina en la vida de la Iglesia, fuente de constante renovación, deseando al mismo tiempo que ella sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial.» (cf. VD 1) Conocer y dar a conocer la palabra de Dios es tarea fundamental de la Iglesia peregrina y misionera por naturaleza. No llevamos a cabo nuestra vocación y desvirtuamos la identidad de la Iglesia en el mundo, si no se da una real prioridad a la evangelización. La Iglesia nace y vive de la Palabra hecha carne, que debe dar a conocer al mundo, para hacer discípulos de ella. La comunidad de fe, esperanza y caridad, que es la Iglesia, crece con la escucha de la Palabra, la celebración y el estudio de ella.

#### ***4.- La lectio divina para andar el camino con esperanza.***

Los Hechos de los Apóstoles señalan cómo primera nota de la comunidad apostólica: «perseveraba en la enseñanza de los apóstoles». La constitución sobre la revelación se hace eco de ello de formas diferentes en la historia de una Iglesia llamada a vivir de la Palabra y para la Palabra de Dios. Jesús, por su parte, enseña al final del «sermón del monte» la importancia de edificar nuestras vidas sobre la roca del Verbo de la vida. Prudente es quien lo hace y necio quien no lo hace.

El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. (Mt 7, 24-25)

La constitución Dei Verbum hace especial hincapié en la necesidad de conocer las Escrituras. Y esto de modo especial es verdad para los llamados a desarrollar el ministerio de la Palabra. No se trata

de comunicar opiniones teológicas o doctrinas, sino de hacer posible el conocimiento de Jesucristo, por quien todo fue hecho y en quien y por quien todo es recapitulado según el designio divino.

Es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los demás que como los diáconos y catequistas se dedican legítimamente al ministerio de la palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte "predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior", puesto que debe comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la Sagrada Liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina.

De igual forma el Santo Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos en particular a los religiosos, a que aprendan "el sublime conocimiento de Jesucristo", con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. "Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo". Lléguese, pues, gustosamente, al mismo sagrado texto, ya por la Sagrada Liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual, ya por instituciones aptas para ello, y por otros medios, que con la aprobación o el cuidado de los Pastores de la Iglesia se difunden ahora laudablemente por todas partes. Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque "a El hablamos cuando oramos, y a El oímos cuando leemos las palabras divinas. (DV 25)

La razón de esta insistencia es fácil de comprender, pues no estamos ante un simple escrito más o menos religioso y edificante, sino ante la palabra viva de Dios. En ella, día tras día, el Señor viene a nuestro encuentro, para ofrecernos su luz y fortalecernos para el camino. El Concilio lo ha recordado en estos términos:

la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles.

Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesiástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: "Pues la palabra de Dios es viva y eficaz", "que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados". (DV 21)

Dios Padre, en su condescendencia admirable, sale sin cesar a nuestro encuentro en su Palabra viva y eterna. En ella encontramos la verdad que libera y la vida que nos recrea y rejuvenece sin cesar.

En la Sagrada Escritura, pues, se manifiesta, salva siempre la verdad y la santidad de Dios, la admirable "condescendencia" de la sabiduría eterna, "para que conozcamos la inefable benignidad de Dios, y de cuánta adaptación de palabra ha uso teniendo providencia y cuidado de nuestra naturaleza". Porque las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres. (DV 13)

La lectio divina es una lectura de las Escrituras, esto es, de la Palabra de Dios, hecha en la fe, en un clima de oración, bajo el magisterio interior del Espíritu y en la comunión apostólica. Ella, además

de darnos a conocer los insondables tesoros del misterio escondido y revelado, nos abre a un verdadero encuentro con Cristo, el Verbo encarnado, Palabra viviente.

Es necesario en todo momento caminar en la objetividad de la fe, evitando en la medida de lo posible, el subjetivismo y el iluminismo. Cuando oramos lo hacemos en unión con todo el Pueblo, como enseña el Padrenuestro. Cuando leemos las Escrituras, lo hacemos en la Iglesia.

La esposa del Verbo Encarnado, es decir, la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, se esfuerza en acercarse, de día en día, a la más profunda inteligencia de las Sagradas Escrituras, para alimentar sin desfallecimiento a sus hijos con la divina enseñanzas; por lo cual fomenta también convenientemente el estudio de los Santos Padres, tanto del Oriente como del Occidente, y de las Sagradas Liturgias. (DV 23)

El Papa Benedicto recordó, con sencillez y claridad, los pasos de la lectio divina de las Escrituras según una corriente mayoritaria. Esto no obsta para que haya otras formas de llevar a cabo la finalidad que busca se busca en ella.

Quisiera recordar aquí brevemente cuáles son los pasos fundamentales: se comienza con la lectura (*lectio*) del texto, que suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico: *¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo?* Sin este momento, se corre el riesgo de que el texto se convierta sólo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos. Sigue después la meditación (*meditatio*) en la que la cuestión es: *¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?* Aquí, cada uno personalmente, pero también comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar, pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el pasado, sino en el presente. Se llega sucesivamente al momento de la oración (*oratio*), que supone la pregunta: *¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?* La oración como petición, intercesión, agradecimiento y alabanza, es el primer modo con el que la Palabra nos cambia. Por último, la *lectio divina* concluye con la contemplación (*contemplatio*), durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: *¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?* San Pablo, en la *Carta a los Romanos*, dice: «No os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (12,2). En efecto, la contemplación tiende a crear en nosotros una visión sapiencial, según Dios, de la realidad y a formar en nosotros «la mente de Cristo» (1 Co 2,16). La Palabra de Dios se presenta aquí como criterio de discernimiento, «es viva y eficaz, más tajante que la espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón» (Hb 4,12). Conviene recordar, además, que la *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (*actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad. (VD 87)

A continuación el Papa nos reenvía a María, la Madre de Dios, en quien se encuentran «sintetizadas y resumidas de manera sublime» las diferentes etapas indicadas. Se trata de acoger la Palabra como acontecimiento en el corazón, de meditarla sin cesar, de rumiarla sin cesar, para dejarse modelar por ella. «María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón». (Lc 2, 19) «Su madre conservaba todo esto en su corazón». (Lc 2, 51) Así María se adentraba en los designios insondables de Dios. Es el camino, como señala el mismo Papa, para adentrarse en el Misterio revelado en el Hijo, sabiendo «encontrar el lazo profundo que une en el gran designio de Dios acontecimientos, acciones y detalles aparentemente desunidos».

### **5.- La palabra de Dios y la transformación del mundo**



Por tanto, también nosotros damos gracias a Dios sin cesar, porque, al recibir la palabra de Dios, que os predicamos, la acogisteis no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como palabra de Dios que permanece operante en vosotros los creyentes. (1Tes 2, 13)

Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se le oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas. (Heb 4, 12-13)

Ya que habéis purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad hasta amaros unos a otros como hermanos, amaos de corazón unos a otros con una entrega total, pues habéis sido regenerados, pero no a partir de una semilla corruptible sino de algo incorruptible, mediante la palabra de Dios viva y permanente, porque Toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba: se agosta la hierba y la flor se cae, pero la palabra del Señor permanece para siempre. Pues esa es la palabra del Evangelio que se os anunció. (1P 1, 22-25)

Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será la palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo. Saldréis con alegría, os llevarán seguros; montes y colinas romperán a cantar ante vosotros, aplaudirán los árboles del campo. (Is 55, 10-13)

Todos estamos implicado en la transformación del mundo y para ello es preciso, ante todo, que el ser humano acoja la Palabra viva y operante. La Palabra que fecunda la tierra, es decir, el corazón del hombre. El Evangelio es fuerza de salvación, como enseña Pablo y como lo experimenta la comunidad que la acoge como lo hiciera María, en la fe. El Evangelio es la Palabra que purifica y sigue operante en quien la recibe con corazón noble.

Hoy, necesitamos interrogarnos, una vez más si creemos de verdad que la Palabra de Dios es viva y operante. Existe, en ocasiones, el riesgo de avergonzarnos de ella en las pruebas y dificultades, aun cuando sea con buena intención, para que nadie se vaya. No fue esta la manera de hacer del Verbo encarnado. Cuando los seguidores y admiradores le dieron la espalda, pues encontraron duro su lenguaje, como recuerda el capítulo seis del evangelio según san Juan, Jesús se volvió a los Doce y les preguntó si también ellos querían marcharse. Pablo, ante las dificultades y desviaciones de la «sana doctrina» de algunos miembros de las comunidades, escribía a Timoteo:

Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos, pues Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza. Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio. De este Evangelio fui constituido heraldo, apóstol y maestro. Esta es la razón por la que padezco tales cosas, pero no me avergüenzo, porque sé de quién me he fiado, y estoy firmemente persuadido de que tiene poder para velar por mi depósito hasta aquel día. Ten por modelo las palabras sanas que has oído de mí en la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Vela por el precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros. (2Tim 1, 6-14)

En conclusión, si amamos el mundo y queremos transformarlo de acuerdo con el designio liberador y salvador de Dios, es de todo punto necesario que demos a conocer la Palabra encarnada, esto es, el misterio escondido en Dios y revelado en Cristo Jesús. En él radica nuestra esperanza. Y tal es, por otra parte, la vocación y misión de la comunidad de los peregrinos de la esperanza. El Señor nos congrega en la Iglesia, para que seamos signo e instrumento de su liberación y salvación en favor de todos los pueblos de la tierra.